

La búsqueda

Marianne Toussaint

VIVÍ EL VÉRTIGO DE MI MADRE como cualquier hijo, sin más alternativa.

Su búsqueda interior era incansable, compartía conmigo todo, aunque yo no lo quisiera.

Así, montamos un mundo alterno a la realidad.

Digo montamos, porque yo, en aquella apertura total que ella tenía hacia la vida y hacia mí, era su lectora, su crítica, su compañera y, a veces, su hija.

Cambiamos de religiones, disciplinas y sectas como de calcetines.

También nos cambiábamos de casa, de ciudad y de país.

En toda nueva creencia se internaba con entusiasmo auténtico. Insistía que yo conociera la bondad del ser humano, que por algún tiempo ella creía encontrar en los nuevos territorios espirituales. Siempre fue vehemente, pero no ingenua. Al pasar un tiempo en algún grupo religioso, terminaba decepcionada de las personas. Se daba cuenta que en la práctica las ideas y evangelios eran otra cosa, sufría la decepción como la ausencia de un ser amado. “Todos son iguales”, decía con un hueco en el pecho, “sólo buscan un poco de poder y dinero.”

Pero como la poesía era su verdadero eje, volvía a su eterna pasión.

De niña, en esta excursión de religiones, me aburría pero también comprendí que la sensación de congregarse en un mismo fin tiene un poder extraordinario.



Para ella, todo tenía su lado de certeza, y los ritos eran su parte favorita: conectaba todo lo que sabía. Como ella no abordaba ninguna religión de manera dogmática, seleccionaba algunos ritos y creencias, según el caso, y las acomodaba en nuestra vida diaria. Se vivían todas las ideas con libertad, en la casa se podía hablar de cualquier cosa, la edad que yo tuviera nunca fue un impedimento para hablar de poesía, sexo o historias escabrosas. De todo se podía hablar, practicarlo ya era otra cosa, ahí sí surgía una educación estricta.

Leía, leía muchísimo, sobre todo poesía, además filosofía, narrativa, ensayo, historia de las religiones y esoterismo. Creía en todo aquello que tuviera un elemento insólito e invisible; sin embargo, siempre se sentía ignorante. Su sencillez radicaba en eso, en la conciencia de que la existencia era un proceso de formación, y conservó esa frescura hasta el día de su muerte.

Así, entre una y otra religión, disciplina o secta esotérica, yo escuchaba largas lecturas de la Biblia y diversas interpretaciones; leí sobre los grandes iniciados, aprendí oraciones, himnos, a visualizar, a hacer invocaciones, y me bautizaron por distintas religiones nueve veces. Para mi madre cada nuevo bautizo significaba un escudo, así lo explicaba. Yo algunas veces harta y mareada de tanta “Luz” me preguntaba qué tan grande era la batalla que me esperaba: ahora pienso, algunas veces, que debieron multiplicar los bautizos, si así se me hubiera allanado el camino. Mientras yo crecía, encontraba contradicciones y grandes dudas. Pero mi madre a todo le otorgaba un sentido ulterior, nada estaba peleado con nada en terrenos espirituales: todas eran las piezas de un mismo rompecabezas y, ante todo, había que aprender y respetar.

Su verdadera fe estaba en la poesía, fue el ojo de la cerradura por donde siempre miró al mundo.

Después de seguirla en tantas creencias y religiones, unas más cuerdas que otras, me vacunaron contra




las iglesias establecidas, no contra lo espiritual, ni contra los ritos y mucho menos hacía algunas certezas que arraigaron en mi propio mundo numinoso.

La realidad alterna nunca falló. Al mismo tiempo que me leía sobre asuntos espirituales, me sugería libros de filosofía y literatura; y para que la congruencia del vértigo fuera una forma de vida y no una extravagancia pasajera, también me cambiaba de escuelas y sistemas educativos. Estuve en colegios de monjas, en escuelas públicas y mixtas, en sistemas de educación activa. Después, en plena adolescencia, estudié en escuelas con una ideología absolutamente marxista, donde leí con la petulancia de todo adolescente gran parte de *El capital*, a Rosa Luxemburgo, Althusser. Para estas fechas las discusiones ya eran entre nosotras todo un tornado y ella, fascinada, se internaba en mis nuevas ideas de batalla. Pasábamos horas discutiendo de Platón a Kant, o las ideas más espirituales de Bergson y su conexión con la poesía; luego volvíamos al marxismo, y al final de una fiebre intelectual, mi madre pensativa se quedaba callada un rato y me preguntaba alguna cosa como “¿qué signo astrológico habrá sido Platón?” Me volvía loca, ¿cómo podía razonar de manera tan

lúcida y cambiar de canal, así, como si nada? Me burlaba de ella, y ella de sí misma. Reíamos mucho en esos años.

Siempre sentí la necesidad de ser la parte racional, alguien tenía que tener los pies en la tierra.

Me volví orientada desde muy pequeña. Su desorientación era terrible. Así aprendí a ver con atención por dónde íbamos, me aprendía el color de las casas, la forma de los árboles, la ubicación de las tiendas y dónde debíamos dar vuelta. Odiaba sentirme perdida y siempre que yo me descuidaba terminábamos en el lado opuesto de la ciudad. Así que para ella comenzó a ser muy tranquilizador mi sentido de orientación. Me decía “Fíjate bien, Mariancita, por dónde vamos”, y yo, como un lazarillo de alguien cegado por iluminación, hacía bien mi tarea.

Pasar de la racionalidad al mundo mágico era su privilegio. Y cuando perdí el tiempo humano para compartir con ella esta fascinante manera de ver la vida, perdí la mayor parte de mi felicidad. 



Cadena de sangre o sobre madres e hijas

Hay libros que no logramos terminar, algunos por desidia, por la dificultad que representan; libros que dejamos para luego, un otro día, cuando no tengamos prisa, cuando estemos más calmados, o de otro ánimo. Libros que de tan pesados son un golpe en la cabeza, no precisamente como deslumbramiento o revelación súbita; libros que de tan abruptos son un coco lanzado a la cabeza; una piedra; una bala al aire, un gancho al hígado, un mal aliento en la cara.

La pianista, de Elfriede Jelinek, es un libro de estos; ahí, podemos participar de una de las relaciones más sanguinarias y patéticas de la historia de madres e hijas. Una eminente historia de persecución, venganza, vigilancia extrema, desazón interior. Una historia molesta al extremo: radiografía del interior femenino mordiéndose el propio cordón umbilical, clausura inmediata de los labios vaginales, del deseo pospuesto en miras de una moral superior al cuerpo; una novela que tiene todo para cerrarse a las treinta páginas y dejarla para después, como si fuese la descripción detallada de los crímenes más horribles. ¿Y, sin embargo, por qué? “De no-

che, cuando todos duermen y únicamente Erika sigue despierta, mientras la señora mamá, la querida mitad de esta pareja encadenada por lazos de sangre sueña en divina quietud con nuevos métodos de tortura”. La maternidad no es una fiesta, es una jaula, dice Jelinek, el fabuloso vínculo inescrutable entre mujeres es una posesión incomprensible como una maquinaria mágica: “Durante el embarazo la madre se imaginaba que sería algo tímido y delicado. Pero cuando vio la masa de arcilla que salió de su cuerpo, no tuvo reparo en ponerse manos a la obra para corregirlo a golpes y conformar algo puro y delicado”. La madre hace a la hija pero es ésta quien hace a la madre flotar en su vida misma. Las vidas mediocres que se exaltan a la menor provocación y no desfallecen, se inmolan en detalles acuciosos y voraces de cómo hacerse pedazos la vida entera. El arte de la intérprete es el menor de los pretextos, todo lo demás es vanidad femenina.